



Era una tranquila noche de abril en la Transilvania más remota, una noche clara, pacífica y cálida para la época del año. La mayoría de las criaturas de la naturaleza estaba durmiendo, y los prudentes humanos ya estaban metidos en la cama en los pequeños pueblos y aldeas de la campiña, sumidos en sus confusos sueños.

Aunque no todo era quietud. Allá en lo alto, en los cielos iluminados por la luz de la luna, había una visión de pesadilla que le helaría el corazón a los mortales en caso de que fueran capaces de presenciarla. ¡Vampiros! Muertos vivientes de piel pálida y ojos rojos y encendidos que volaban en las alturas del cielo nocturno. Solos, en parejas, en grupos reducidos, decenas de ellos en total, que llegaban desde los cuatro puntos cardinales. Eran de todos los tamaños, edades y formas, y qué aspecto tan fabuloso tenían con sus capas al viento y sus vestimentas de varias épocas ya pasadas.

Los vampiros iban y venían sin que nadie los viera, salvo alguna rata que pasara correteando o algún búho silencioso que girara la cabeza y que por casualidad mirara al cielo y se llevara el susto de su vida.

Y un humano muy poco corriente también los vio, un humano muy acostumbrado a detectarlos. Era Rookery, el cazador de vampiros, que recorría las colinas con paso lento y una mochila a la espalda. Se detuvo y alzó la mirada con un brillo en los ojos.



“¡Se están congregando!”, se dijo. “Es la mayor reunión en años. ¡En décadas!”.

Sonrió de manera forzada y amarga, se dio media vuelta y echó a andar por donde había venido. Caminaba más rápido: ahora tenía un plan.

Conforme llegaba cada grupo de vampiros a los cielos sobre su punto de destino en Transilvania, se iban uniendo a una formación que giraba en vuelo en grandes círculos. Debajo de ellos había una magnífica necrópolis, en un valle oscuro y cubierto de vegetación, el mejor y más inmenso cementerio de toda Europa, y quizá hasta del mundo entero. Era como una ciudad antaño majestuosa, pero ahora oscurecida, llena de enormes panteones familiares que se caían a pedazos, lúgubres mausoleos góticos, pequeñas capillas y minúsculas tumbas individuales conectadas por vías de acceso, tramos de escalones y senderos de piedra agrietados. Después de crecer durante cientos de años, el lugar ya no admitía nuevos residentes, y se hallaba a merced de la exuberante vegetación: árboles muy altos con ramas que caían lánguidas, además de las nudosas hiedras trepadoras. Aquí y allá, unas raíces enormes habían empujado hacia arriba, bajo tierra, y habían abierto algunas tumbas de par en par. Unas antiquísimas catacumbas desperdigadas salpicaban la pared de roca que formaba uno de los lados del valle.

Cada dos por tres, y conforme seguían llegando más vampiros, un pequeño grupo se separaba y descendía sobre el valle en formación de punta de flecha, como un escuadrón en una exhibi-

ción aérea. Giraban en el aire y se iban directos hacia las grandes puertas de bronce de una tumba que no tenía nada de particular, situada sobre un pedestal escalonado contra la pared de las catacumbas. Y justo cuando parecía que iban a chocar, unas manos invisibles abrían las puertas desde dentro y los vampiros las cruzaban volando sin reducir su velocidad.

Aquella tumba no era de verdad, tan sólo era el vestíbulo de entrada de una construcción mucho mayor. Una vez dentro de la pared del valle, los vampiros descendían majestuosos al suelo, justo sobre la enorme escalinata de piedra que bajaba a un amplísimo salón principal excavado en la roca. Según decían algunos, aquella excavación tan portentosa era obra de unos gigantes trogloditas, que la llevaron a cabo muchos siglos atrás. Otros, los que habían leído auténticos libros de historia, decían que los principales trabajos los llevaron a cabo unos albañiles humanos en la Edad Media, entre los años 1270 y 1320.

El gran salón —utilizado antaño a modo de iglesia, aunque ya hace mucho que había quedado en desuso— estaba decorado con unas columnas románicas, arcos góticos y una serie de gárgolas y estatuas con cara de estar gritando. El paso del tiempo y los terremotos habían causado serios daños en la estructura: se habían desprendido muchas piedras de los muros, y algunas columnas estaban inclinadas formando ángulos extraños; el suelo se torcía de mala manera, con las losetas sueltas e irregulares.

Ningún ser humano, ningún mortal normal y corriente se había atrevido a entrar allí desde hacía décadas, ya que una pisada firme en cualquier parte podría provocar un total derrumbe y la



muerte. A los vampiros, inmortales, esto no les preocupaba mucho, así que era el lugar perfecto para ellos.

Rudolph Sackville-Bagg acechaba detrás de una gran roca que había en el fondo de la iglesia, escondido de las oleadas de grupos que llegaban. No podía resistir la tentación de asomar la cabeza con los pelos de punta cada dos por tres con tal de ver lo que estaba pasando. No es que tuviera miedo ni nada semejante: él también era un vampiro, como todos los demás, pero además era un chico de trece años enojado con sus padres. Tenía sentimientos encontrados. Aunque fuera a regañadientes, debía reconocer que un escuadrón de vampiros voladores le impresionaba bastante, pero por encima de todo estaba molesto con aquella situación.

Sin perder de vista a la multitud con el fin de asegurarse de que nadie se fijaba en él, Rudolph decidió buscar un punto para observar mejor y subió por las paredes, dando leves saltitos por el camino. Se lanzó al vacío y voló hasta la base de uno de los imponentes arcos agrietados, que descansaba sobre dos columnas inclinadas en un ángulo increíble. En la penumbra, subió reptando de cabeza por el arco simplemente porque podía hacerlo y, aunque seguía enojado, disfrutó con la agilidad de su juventud.

Anna, la hermana de Rudolph, una chica de doce años con una mirada profunda y de una belleza intemporal, subió hacia él caminando por la pared. Iba vestida de fiesta, como una adolescente muy a la moda y con un gusto que tendía hacia el negro, y llevaba en la mano unas prendas de ropa atadas con un cordel y un par de zapatos con hebilla. Rudolph la miró con aire de suspicacia.

—¿Cómo me encontraste? —dijo él.

—Fácil. Fíjate, ni siquiera sabía que estuvieras tratando de esconderte, para empezar —dijo Anna con dulzura—. Da igual, te traje tu atuendo de fiesta.

Rudolph puso los ojos en blanco en un gesto de exasperación.

—Hace exactamente un siglo que no me pongo esa porquería —dijo él—. Pero ya veo que tú encontraste ropa nueva.

—Nuestra madre insiste en que te pruebes esto. Quizá haya que hacerle algún arreglo.

—¿Por qué? Ninguno de nosotros crece ni un centímetro —se echó a reír con amargura—. ¿O es que piensa que subí de peso? ¿Con nuestra dieta?

—¡No puedes ir con esas fachas a la fiesta! —dijo Anna al tiempo que echaba una mirada al atuendo de Rudolph.

Él se miró.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¡No es lo bastante respetable para una celebración como ésta!

Desde luego, su ropa era de lo más inusual. Rudolph había visto algunas de las prendas que los jóvenes mortales lucían por la calle en aquellos tiempos modernos, y le habían gustado. Llevaba unos jeans oscuros ajustados, con dos cinturones y unas botas de piel altas llenas de hebillas, correas y tachuelas. La chamarra que se había puesto era una mezcla de una cazadora de piel y un chaleco con mangas largas, un corte atrevido y elegante, con el cuello levantado como corresponde a un vampiro. Unas grandes hombreras acolchadas, con puntas metálicas, le

servían de punto de anclaje para una media capa de color negro, no demasiado larga y con un bonito forro de seda roja.

—Bueno, la capa está bien —dijo Anna—, pero pruébate esto. Haz feliz a nuestra madre.

—¿Qué tal si ella me hace feliz “a mí”? ¡Es mi cumpleaños! —Le arrebató a su hermana el bulto de ropa—. Pero no, por su culpa odio mi cumpleaños, y no me voy a poner estos trapos apollillados, y menos en honor a ese grupo de fósiles prehistóricos de ahí abajo.

—¡Rudolph! —exclamó Anna, horrorizada y alterada por su mala educación—. ¡No puedes hablar así!

—¡Está bien, pero míralos! ¡Escúchalos! Nada cambia... ¡Nada!

—Son felices...

Rudolph negó con la cabeza.

—¡Llevan siglos diciendo lo mismo!

Allá abajo, en las catacumbas, se congregaban ya docenas de vampiros que charlaban y saludaban a los recién llegados que acababan de entrar volando. Algunos tenían copas con un líquido denso y oscuro, otros mordisqueaban pequeños canapés, por ejemplo, de sapo crujiente, de esquirlas de hueso o de paté de caracol. Reverberaba el barullo de la charla, de los viejos amigos y parientes que se saludaban y se ponían al día sobre los sucesos del mundo de las tinieblas.

Sin embargo, Rudolph tenía su parte de razón. Por la propia naturaleza de los vampiros y por haber vivido durante siglos entre las sombras como muertos vivientes, la verdad es que no había muchas novedades que comentar: ni nacimientos ni matri-



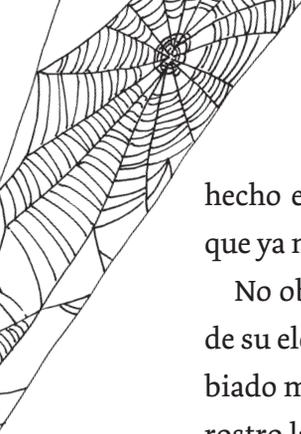
monios sobre los que platicar, ni anécdotas sobre los cambios en la carrera profesional o unas vacaciones desastrosas, y tan sólo se podían informar de la rarísima excepción de algún caso de desgracia personal a manos de un cazador de vampiros.

Todo aquel parloteo intrascendente que se repetía una y otra vez no tenía el menor atractivo para él, en especial en aquel preciso instante en que acababa de ver cómo la tía abuela Ashley abordaba a sus padres —Freda y Frederick— como un galeón a toda vela. Con su bulto de ropa en mano, Rudolph se lanzó al vacío y rebotó contra una pared de piedra. Estaba imitando a un atrevido *skater* al que había visto en un parque de Sighisoara en una noche oscura, cuando se escapó y salió al exterior sin el permiso de su padre, durante un viaje de peregrinación que hizo su familia a la ciudad natal de Vlad el Empalador en Rumania.

Sin perder un ápice de atención, Rudolph se dirigió hacia la entrada de las catacumbas y evitó a los nuevos grupos de vampiros que llegaban. Ascendió volando la escalinata desierta y salió disparado por las puertas antes de que los guardias o alguien más se lo pudiera impedir.

—¡Freda, Frederick! —dijo la tía Ashley en el salón principal—. ¡Qué esbeltos y elegantes están! ¡No parecen ni un día más viejos que en 1993! ¡O que en 1793, si a eso vamos! ¡Ja, ja, ja, ja!

Freda y Frederick Sackville-Bagg, una pareja delgada, aristocrática y bien parecida con aspecto de tener unos cuarenta años de los mortales, sonreían con diplomacia. Habían oído a la tía hacer aquella broma decenas de veces, y a otros vampiros unos cuantos centenares de veces más. A decir verdad, ellos mismos habían



hecho esa broma con tanta frecuencia en sus años de juventud que ya ni se paraban a pensar en ella.

No obstante, aquello era cierto, ni sus caras ni la mayor parte de su elegante vestuario de comienzos del siglo XVIII había cambiado mucho en los últimos trescientos años. Frederick tenía un rostro lastimosamente flaco, como si gastara demasiada energía pensando y preocupándose. Llevaba el pelo peinado hacia atrás como un santo ascético y lucía un atuendo oscuro y austero. Freda también vestía ropa oscura, pero se había puesto un abrigo de corte desenfadado y unos pantalones ajustados, que eran su única concesión a la moda moderna. Su peinado, sin embargo, sí que era espectacular, con dos grandes chongos en lo alto de la cabeza.

—¡Tía! —dijo Freda, radiante—. Pues tú estás...

—¡Gorda! —gritó la tía Ashley sonriente y agarrándose aquella panza de señorona—. Eso es lo que piensas, ¡no lo niegues! Pero, bueno, ¿dónde está el muchachito del cumpleaños? —Echó un vistazo en busca de Rudolph—. ¡Rudy! ¡Oh, Ruuuudy!

Anna descendió lentamente desde la oscuridad de las alturas.

—Me parece que se está probando la ropa del cumpleaños —dijo.

—¡Estará encantador! —dijo Freda.

Frederick miró a su alrededor con los ojos entornados.

—Llevo sin verlo un buen rato. ¿Dónde se ha metido ese joven-cito?

—Quería un poco de privacidad —dijo Anna en tono evasivo.

En el exterior había aún más vampiros invitados que llegaban bajo la mágica luz de la luna desde Noruega y Rusia, a decir de sus acentos. Rudolph salió disparado a esconderse detrás de la estatua conmemorativa de un funcionario de Transilvania del siglo XVII, que estaba medio desmoronada. Mientras aguardaba a que se despejara el panorama, alzó la vista hacia aquella figura tallada y medio cubierta de hiedra. Era más o menos de su tamaño. Rudolph sonrió y desató el cordel que sujetaba la ropa. Tomó el saco del traje de gala y se lo mostró al burócrata de rostro pétreo tal como lo haría un sastre profesional.

—No se mueva, por favor —dijo.

Apartó la hiedra de la estatua con descuido y le colocó el saco sobre los hombros, le ató los pantalones a la cintura con el cordel, le dejó los zapatos en los pies, le anudó la corbata de moño en el cuello y, por último, extendió con un golpe el sombrero de copa plegable y lo colocó sobre la cabeza de piedra. El cuadro estaba completo, y el efecto que causaba era bastante bueno.

—Excelente —dijo Rudolph admirado.

Estrechó la mano de la estatua y alzó el vuelo. Mucho más animado, decidió tragarse el orgullo y regresar a la fiesta. Al tiempo que tarareaba una canción, atravesó el cementerio a toda velocidad como un *skater*, cruzó de regreso las ornamentadas puertas de la entrada de la cripta y descendió a las entrañas de la tierra.

La fiesta ya comenzaba en el gran salón. Unos cuantos vampiros probaban con una señorial gavota, un baile que muchos de ellos recordaban con cariño de sus días mortales en el siglo XVII. Con el acompañamiento de un clavicordio desafinado al que le

faltaban varias notas, daban un paso al frente, otro atrás y giraban como si estuvieran en la corte de Luis XIV.

Rudolph se abrió paso entre la multitud hacia sus padres. Allí seguía la tía Ashley, gritando.

—¡Ruuuudyyyyy!

Él aprovechó su oportunidad. Se elevó en el aire, hizo un viraje cerrado, descendió en picada detrás de ella, le dio una fuerte palmada en los hombros y le gritó en el oído:

—¡TÍA!

Asustada, la tía Ashley se dio la vuelta con una increíble rapidez para su corpulencia. Tenía las fauces tan abiertas que parecían las mismísimas puertas del infierno, enseñando los colmillos de vampiro y temblando de la tensión. Después de unas décimas de segundo se percató de quién era y volvió a cerrar la boca.

—¡Rudy, me has dado un susto de muerte! —exclamó la tía Ashley, al tiempo que se abanicaba la cara con una mano.

—Pero ¿tú no estabas muerta ya? —dijo Rudolph con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Rudolph! —dijo Frederick, que se estiró hasta erguirse en toda su estatura—. ¡Discúlpate!

—¿Qué es lo que hice mal? ¡Si me estaba llamando ella!

—¡No alarmes a la gente de manera innecesaria!

—Perdona, tía Ashley —dijo Rudolph entre dientes.

—Está bien, Rudy —dijo ella—. Creo que debería recostarme un rato. ¡Tengo los nervios a flor de piel!

—Yo te ayudo —dijo Anna.

Los demás se quedaron mirando cómo se alejaban las dos; la tía Ashley renqueante y apoyándose en Anna.

—Te pecatarás, por vagamente que sea —dijo Frederick—, de que tales sobresaltos no pueden llegar a causar *ipso facto* la muerte de un ser vampírico, ya que, por definición, y tras el proceso vampirogénico, nos desenvolvemos en una situación posvital, esa condición conocida entre otras y diversas formas como metaexistencia, ultraesencia y transrealidad; pero sí que debilitan los pilares ectoplásmicos de nuestra semicorporeidad animada y pueden obstaculizar el flujo de la neuroinformación hasta el punto de que, *in plenitudine temporum*...

—Querido, ve al grano, por favor —dijo Freda—. Estás confundiendo al chico.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Rudolph.

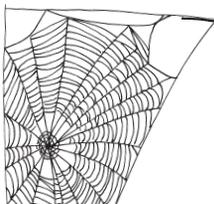
—Ah, ¿sí? ¿Qué es lo que quiero decir, entonces? —preguntó Frederick.

—Mmm... ¡uf! —dijo Rudolph.

—Quiere decir que los sustos repentinos nos debilitan —le dijo su madre con tono grave—. Es más difícil recuperarse y, cuando nos encontramos débiles, somos más vulnerables frente a aquellos que nos quieren hacer daño, como los profanadores de tumbas y los cazadores de vampiros.

—Pero si hace años que no ha habido un cazador de vampiros que consiguiera algo... —dijo Rudolph.

—Pues hay novedades —dijo Frederick—, que conocerías si emplearas menos tiempo en quedarte pegado al techo como una lagartija poco sociable y dedicaras más a conversar con nuestros



invitados. Rookery el Cazador ha vuelto, y está desarrollando nuevas y diabólicas herramientas. Se asoció con un ingeniero inventor llamado Maney, ¡aquí mismo, en Transilvania!

Frederick, entristecido, hacía un gesto negativo con la cabeza. Le pasó el brazo a Rudolph por los hombros y se lo llevó a un rincón.

—El ritmo de los cambios en el mundo de los mortales, a plena luz del día, es cada vez mayor y más rápido, y además están invadiendo también la noche. —Alzó la vista al techo mientras agarraba a Rudolph por el cuello con una mano como si fuera un profesor de la Universidad de Greifswald—. Tengo miedo por ti, tengo miedo por todos nosotros...

Rudolph echó un vistazo por la fiesta, ruidosa. Por anticuados y viejos que fueran, la mayor parte parecía gozar de buena salud, al fin y al cabo. Costaba creer que corrieran un serio peligro o algo por el estilo, y menos aún que fueran a sufrir por los cambios. Casi todos estaban felices con una vestimenta que pasó de moda hace varios siglos.

—¿Qué es esto? —preguntó Frederick al quitarle del hombro a su hijo una hoja suelta de hiedra—. ¿Saliste al exterior?

—Sí, padre..., pero no llegué demasiado lejos.

—Esas niñerías tiene que terminar.

Rudolph señaló con el brazo hacia la entrada de las catacumbas.

—¡Pero si esta noche había cientos de vampiros en el cielo!

—Ése no es el punto. Sólo faltan dos noches para tu cumpleaños.

—Y cumpliré trece. ¡Otra vez! Y será la tricentésima. ¡Qué aburrimiento! ¡No cambia nada!

—La celebración del tercer siglo de cualquier edad es un gran logro, pero lo es en especial para alguien tan joven como tú y como tus hermanos. Por eso han venido todos estos invitados.

—¡Lo que yo quiero es que pase algo nuevo!

Con un impulso sin esfuerzo, Rudolph voló hasta una de las antiquísimas lámparas de araña que colgaban encima de la gente y la golpeó con la fuerza suficiente para hacer que cayera una nube de polvo sobre los vampiros invitados como si fuera caspa. Localizó a Anna, que volvía después de haberse ocupado de la tía Ashley. Rudolph descendió, la tomó por los hombros y se la llevó aparte.

—¡Anda, vamos a hacer algo divertido! ¿Qué tal si echamos gusanos en las bebidas de la gente? —dijo con entusiasmo.

—¿Otra vez? Además, tengo que ayudar a nuestra madre, se lo prometí —respondió Anna, apartándose de él.

—¿Por qué? ¿Qué está haciendo?

Anna señaló hacia abajo, donde Freda estaba colocando unas tarjetas con nombres sobre una larga hilera de ataúdes.

—Está preparando la jornada de descanso de mañana. A lo mejor nos podrías ayudar, ¿no?

—No —dijo Rudolph—. Madre sólo me preguntaría dónde está mi ropa de fiesta.

—¿Y dónde está? —preguntó Anna.

—¡No empieces! —dijo Rudolph enfurruñado, y salió volando hacia las alturas, a la oscuridad del techo.

Anna suspiró y se marchó con su madre.



Freda estaba pensativa, flotando con aire distraído. La chica se dio cuenta de que su madre había colocado algunas de las tarjetas con los nombres hacia abajo, otras de lado o tres tarjetas en un mismo ataúd, así que se encargó de redistribuirlas de la manera correcta.

—Estoy preocupada por la tía Wulftrud y el tío Gernot —dijo Freda.

—¿Por qué?

—Por algo que dijo tu padre...

—¿Salgo volando a buscarlos? —dijo Anna con impaciencia.

—Tu padre no quiere que salgan de las catacumbas.

—No quiere que hagamos nada —murmuró Anna.

—¿Decías, querida? —Freda hizo un gesto negativo con la cabeza—. Toda esta actividad en el cielo esta noche ha estado muy bien... pero podría atraer a quien no debe. A un cazador.

Se fijó en las tarjetas que tenía en la mano, con los nombres de Wulftrud y Gernot.

—Mira que venir volando desde la Selva Negra, a su edad. ¡Pobres tíos!